



El fundador del Museum o Llar Cultural, de Vilajuiga, camina lánguido y solemne por el paseo de acceso a la culta casa. La Via Apia cambiará de nombre muy pronto. Se llamará Via Florentina, en memoria de la difunta esposa de don Ramón.



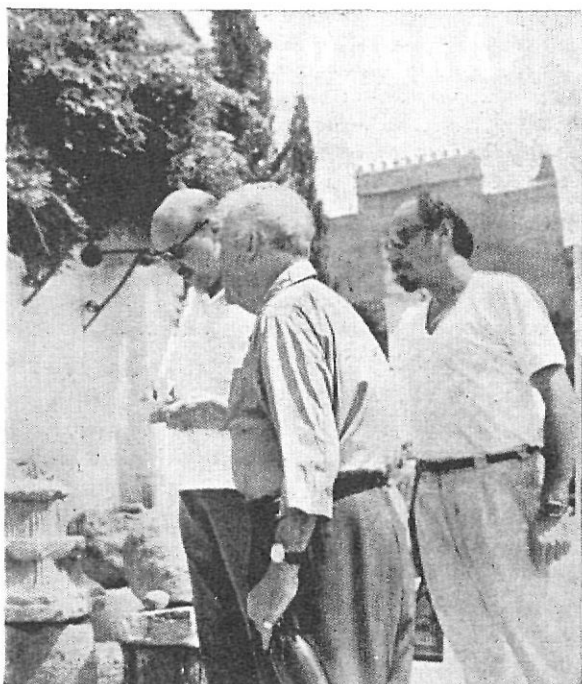
TARJETA DE VISITA:

EL CABALLERO MARGINEDA

Don Ramón Margineda Durán, científico y autodidacta, es un hombre de bien; un caballero del 98 al que Baroja hubiera podido retratar en algún capítulo de sus galerías de tipos.

La actitud crítica de don Ramón Margineda frente a un país agonizante que vivía casi al margen de los progresos de la investigación europea, le determinó a fundar en el año 1902 su "Museum" o "Llar Cultural". Cuidadísima colección particular, donde la mineralogía, la litología y la paleontología se equilibran organizadamente, en medio de un batiborrillo de animales disecados, y menudos, deliciosos recuerdos de aquel tiempo en que la gente tenía fe en el anarquismo, en los sainetes con guardias hablando castizamente de la custión social, en los bibelots, en el ingenio y en los balnearios de hidroterapia fulminante.

Fue en el balneario de Vilajuiga donde el señor Margineda, a la sazón encargado de las aguas minerales del lugar, instaló el Museo que había de ver enriquecido con los años hasta totalizar hoy cerca de cuatro mil piezas procedentes de canteras, yacimientos y aportaciones de todo el mundo. Y junto a la meticulosidad y espíritu matemático del padre de la Llar Cultural de Vilajuiga, la época aparece, asalta al visitante, dando sabor a humildes detalles. Los cuadros, por ejemplo. No en vano apenas contó España en los eficaces movimientos pictóricos del siglo XIX. Gustaba el realismo de anécdota populachera: la llamada pintura social, con todo su carácter prosaico y su paleta triste. A don Ramón Margineda le entusiasma el tema de la castañera aterida al chamizo, una noche de llu-



El mundo de las piedras, desvela parte de su aridez cuando hay alguien que las ama.

via, protegiéndose con un vasto y destartado paraguas. Ya campa por las paredes de su casa, un óleo con el asunto de la castañera; además, acaba de encargar otro sobre el mismo tema a un artista ampurdanés...

Yo creo que ni Chaplin burlándose de la hidroterapia con el film: La cura de aguas, ni mil críticos denigrando la pintura "social" española, lograrán agostar nunca las parcelas sentimentales del alma de los hombres; las parcelas donde echa raíces la planta rosa y malva del ambiente juvenil.

El ejemplar de sabio bueno, o de mago, que es don Ramón Margineda, sale a recibirnos. Su buen estilo y las suaves maneras, son de senador romano vacante en una villa de reposo. Invita con el ademán, a que nos adelantemos. La salutación de bienvenida ocurre en el centro de lo que él llama la Via Apia: paseo de acceso al Museum, adornado lateralmente con basas, columnas, pilas y capiteles. Al fondo, cipreses.

Bartolomé Massot, el pintor figuerense, va con el grupo. Tuvo que comparecer a las ocho de la mañana para poder unirse a la expedición. ¡Las ocho!... Solo quienes conozcan las costumbres de Massot y su leal amistad con las noches ampurdanesas, justipreciarán el sacrificio del artista y la rareza del acontecimiento.

Pero el caballero Margineda, vale sacrificios. Cicerone de sus propios hallazgos, comienza los relatos en plena Via Apia de Vilajuiga. Aquella voz quebrada —que no vencida— por los años, deléitase narrando historias que parecen mentira, fábulas que parecen verdad. El silencioso mundo de las piedras... Al caballero Margineda, como bien dice él mismo, las aguas de Vilajuiga no le curaron el mal de piedra sino que se lo han aumentado.

Con envidiable sentido del humor se dispone a "hacer el artículo". Quiere parecerse ahora, a cualquier vendedor ambulante:

—Bombas, auténticas bombas del castillo moro de Quermensó. Los defensores de la fortaleza, hacíanlas rodar por la pendiente y a veces diezmaban al enemigo. Yo pude conseguir algunos ejemplares de bombas de Quermensó. Buenos ejemplares a precio inmejorable. Tengo muy fieles colaboradores en Vilajuiga.

Don Ramón Margineda ríe con la "o". De ahí que su carcajada suene como el eco de un pozo; de ahí que pese y tenga diámetro igual que una bomba. Es una risa con ritmo campechano; una risa de amigo de todo el orbe.

Súbitamente se acerca con sigilo:

—Voy a contarles un secreto que hasta el día de hoy, compartía solo con Joan Amades. Cuando los moros abandonaron el castillo de Quermensó, tras sesenta y tres años de ocupación, en el 797, quedó habitando las ruinas una reina encantada que guarda una cabra de oro. La cabra la enterraron en los cimientos de la fortaleza. ¿Eh? ¿qué les parece esto? La cabra de oro sigue en Quermensó, esperando quien la descubra.

Llegamos hasta un bloque de piedra, reclinado contra la fachada del Museo.

—Vean este túmulo cruzado por escritura óbnica. ¡Dieciocho mil años les contemplan! Solo Her Shulten podría descifrar la misteriosa inscripción del túmulo. Pero Shulten ha muerto.

—¿Quién era Shulten?

—Un arqueólogo alemán. Veraneaba en Tarragona.

—¿Y usted no le trajo nunca al Museum?

—¡Ca! Schulten comía demasiado.

—Pero algo se sabrá de esta escritura...

—¡Ni pum! En los alrededores de Vilajuiga hay un poblado de dólmenes con idéntico estilo de inscripción sobre la piedra. Y nadie ha podido aclarar lo que quieren decir aquellos signos.

Entramos en la casa. La densa penumbra de la planta baja, contrasta brutalmente con la luz diáfana del exterior. El caballero Margineda dedicó la nave entera a muestrario de curiosidades. Falla la memoria a la hora de dar cuenta de todo. Pero sí recuerdo un chirimbolo para hacer chocolate a la piedra —¡cómo



Un severo rostro esculpido en piedra de lava procedente de la sinagoga de Vilajuiga.



En la penumbra de la planta baja, sobre los tramos de la escalera, bombas del castillo de Quermensó.



Frente al caballero Margineda, un pintor guarda, dan-tesco, la puerta del "Museum".

no!—, una considerable estalactita, un collar de perro con púas para defensa contra los lobos, otra serie de bombas de Quermensó, un ánfora con olor a alquitrán, la imponente sierra de un pez sierra y una deliciosa mascarilla griega trabajada sobre arenisca.

Massot, el último romántico del Ampurdán, experimenta la necesidad de ser fotografiado en el umbral del Museo, esgrimiendo un hacha. Bueno. Yo siempre he creído que en su arte había algo terrible; una fuerza sanguinaria y destructiva.

Habla el caballero Margineda:

—Con esa misma hacha, estuvieron en un tris de cortar la cabeza a la pobre madre de Elisenda de Moncada. Una cuestión de celos... El padre creyó que Elisenda no llevaba su misma sangre y condenó a su esposa, a ser decapitada. Pero el verdugo, con criterios más tolerantes y, digamos, modernos, del problema, se apiadó de la señora y dejó que escapara.

Centellean los crueles ojillos de Massot. Pero ya viene don Ramón Margineda para mostrarnos un bajo relieve esculpido sobre piedra de lava. Es una pieza diminuta. Una cara hostil, como de romano enfadado.

—¿Les agrada?

—Sí. Tiene gracia e intención.

—Ignoro la procedencia. Quizás formase parte del frontis de la sinagoga de Vilajuiga

—Pero ¿hubo judíos por aquí?

—Muchísimos. El nombre de la villa, servirá para recordarles siempre. Vilajuiga significa "Villa Judai- ca". En puridad, el nombre va con hache intercalada. Así: "Vilajuhiga". Si los que fijan la lengua en la Real Academia, se molestan, me da igual. Pero yo necesito esta hache. La necesito en el centro de la palabra para respirar. Para darme luz.

El caballero Margineda tiene muy buena sombra. Es lo que él dice: "Mi padre era de Cardona, mi madre, de Gerri de la Sal. Yo, de Gracia. ¿Cómo quieren que no resulte salado?".

—¿Y qué le ocurrió?

—¿A quién?

—Hombre, a la comunidad judía del pueblo.

—¡Ah! ; a esos!... Los moros los expulsaron con violencia. Tengo noticia de que un judío de Salónica, hace un par de años, confesó que aún guardaba la llave de la casa que sus antepasados ocuparon en la villa. Es una costumbre que tienen los judíos. Al marchar de una vivienda, llevan la llave con ellos.

El piso superior de la Llar Cultural o Museum, acoge la asombrosa colección de mineralogía y litolo- gía. Las piedras duermen ordenadas, clasificadas, en vitrinas y estanterías. El color, el brillo de los minera- les, son un reposo para la vista: Talco, yeso, calcita, fluorita, apatito, ortosa, cuarzo, topacio, corindón y hasta algún diamante, reflejan y refractan la aguda luz del mediodía. Es como un baile de cristales escindi- dos en planos, próximo a la ilusión que produce el arte desde el cubismo. El caballero Margineda, con un trozo de malaquita en la palma de la mano, pregunta a Massot:

—Pintor, ¿qué opina de este verde? ¿No es magní- fico?

Sesenta y dos años amando minerales, acariciando piedras con polvo de siglos; sesenta y dos años de la vida de un hombre voluntarioso, erudito, al frente del pionero de los museos de la región catalana en la espe- cialidad; cuatro mil piezas cariñosamente clasificadas, son méritos, creo yo, para que recaiga sobre la modes- tia del caballero Margineda el primer rubor de algún título o condecoración. Brindo la idea a las fuerzas vivas y a los estamentos oficiales de la Villa a la que honra el Museo...

Y algo más que entristece, que abruma, solo con pensarlo: ¿Qué ocurrirá con el Museum Margineda,



En primer plano: la urna del tesoro. El ligero flou, el suave desenfoco del fondo de la sala magna, recogen el estilo melancólico de una época que nunca se resignó a dejarse fijar del todo.

cuando desaparezca su meritísimo fundador? ¿Tendremos que ver dispersada esta colección de un ilustre ampurdanés? Dios no lo quiera.

El caballero Margineda adora tanto a sus minerales, que no deja que los guardemos mucho. El caballero Margineda, cada noche, va a darles un vistazo y a despedirse de ellos como si ya no tuviera que verles más. Luego se encierra con llave en su cuarto, y mira debajo de la cama y coloca una silla contra la puerta.

El caballero Margineda tiene espantosos buhos, águilas, serpientes y otros animales de mal vivir, disecados, sobre las vitrinas de la sala magna del Museo. Dice que están para que la gente se distraiga. Pero la verdad es que guardan de ladrones su tesoro. Igual que la princesa encantada del castillo de Quermensó, vela día y noche la cabra de oro, así las alimañas espantan a los pilletes...

Y tiene también ranas y bichos feos, fosilizados en cubos de piedra.

—Estas ranas, croan algunas noches de luna estival. Solo sabios especializados pueden oírlas. Hay que concentrar la atención. El croar de un fósil es ciertamente singular.

En la habitación contigua, descubrimos una caja de madera llena de minerales antropomórficos; graciosos igual que figuras de pesebre, toscos como los siurells de Mallorca.

—Proceden del "Camp dels Ninots" de Caldas de Malavella. El agua, al salir a alta temperatura y circular por la tierra, disuelve y transforma gran cantidad de minerales, valiéndose para ello del calor y del

anhídrido carbónico. Los materiales disueltos son después depositados por saturación, en el "Camp dels Ninots" y si el que va por allí sabe elegir, ve figuras humanas curiosísimas.

—Encantarían a Dalí. Esos ninots de usted, son un capricho extraño de la naturaleza. Surrealismo puro.

—Sí. Ya invité a Dalí a ver el Museum. Estuve en Port-Lligat y le regalé un bastón de espina de pescado.

—¿Qué dijo Dalí?

—Que él y yo, éramos los únicos ciudadanos del Ampurdán que saben como hay que llevar un bastón.

El verdadero tesoro de la Llar Cultural se conserva en la urna del centro de la sala magna. Inventario provisional de la famosa urna: Diamante, oro, ágatas, malaquita, ámbar...

—¿Vendería usted el Museum por un millón de pesetas?

—No. Unos señores suizos, me ofrecieron un millón; pero yo no vendo. Esto constituye mi vida, y la vida no puede venderse a nadie.

La urna del tesoro descansa sobre una esbelta base de madera, a cuyos lados claveteó don Ramón, cuatro ediciones del primer cartel de las aguas de Vilajuiga. Un affiche obra de Utrillo, estampado sobre plancha fina de metal, que representa a cierta señora en el momento de tomarse un vaso de agua del Balneario. Al lado de la señora, puede leerse: "Estómago, pecho, orina". Utrillo y todo el grupo catalán del París fin de siglo, son nuestro modernismo en pintura. El cuidado por la silueta de la dama tomando las aguas, el descenramiento de la figura y el decorativismo del fondo



He aquí, en su mesa de trabajo, al creador, centinela y cicero de un Museo ampurdanés

(Foto M. Margineda)

del cartel de Utrillo, nos dejan contemplar de nuevo por la rendija de la evocación, el tiempo del caballero Margineda.

La última pieza del Museo, la ocupa una cocina catalana de época, con su antiguo paramento.

El caballero Margineda, feliz, destapa las cacerolas, ollas y utensilios de cobre alineadas sobre los fogones. Vemos entonces, huevos fritos con patatas, sardinas de lata en su jugo, jamón serrano, un pollo asado, etc., en cera y muy bien imitados. Cuelgan de las paredes, piezas de forja catalana, velones medievales, armas y pergaminos mugrientos. La cocina es como un bric-à-brac de precio incalculable, donde toda suerte de objetos conjúganse en insólito acuerdo. Don Ramón comparece empuñando un machete desenvainado. Agresivo. Iracundo.

—He aquí un machete que perteneció al rebelde cubano Maceo, cabecilla en la guerra contra España. Yo salía con el machete a pasear por Vilajuiga. Hablo de 62 años atrás, cuando la Villa estaba atemorizada por las fechorías de la banda de El Rellotger y había que andar por las calles bien armado.

El caballero Margineda, según va explicando los disfraces adoptados por los secuaces de El Rellotger, da cuerda a una rústica cajita de música. Los peines pasan lentamente sobre las púas del rodillo. Suena la *musiquilla*. Parece de Haydn. Al caballero Margineda se le humedecen los ojos; la testa cana, respetable, sigue los compases más lánguidos. Apareció sobre la mesa de la cocina, una botella de vino; una hermosa, una vieja, botella de buen vino. Don Ramón saca unos vasos...

—En mi juventud, me apasionó el canto. Iba a Barcelona tres veces por semana, a tomar clases particulares. Y aprendí. Podía haber sido un notable barítono; todos cuantos vinieron a oírme, se apresuraban a felicitar al propietario de aquella voz. ¡Bah! Otros tiempos, ¿saben?

El vino de nuestro anfitrión es pastoso, es dulce...

—Es un vino de antes de la filoxera —observa el caballero Margineda—. Me queda poco en la bota.

Vuelve a hablarnos de los recitales que dio por los Casinos importantes de la Provincia.

—¿Existe parentesco entre la mineralogía y la música, don Ramón?

El agua mineral, la mineralogía y la música, señores, han ido siempre de la mano. Baste con decirles que cuando Orfeo pulsaba su lira, los minerales desprendíanse de los yacimientos...

Y en efecto, caja de música, piedras y ambiente, parecen latir acordes. Es una armonía inexplicable. Algo como un misterio.

Don Ramón Margineda Durán yérguese orgulloso, ensancha el tórax, y con una mano, en el pecho y la otra gesticulante, entona para nosotros su mayor triunfo. Evocamos el año 1930. Miguel Fleta:

Asómate a la ventana, ay, ay, ay

Paloma del alma mía

Asómate a la ventana, ay, ay, ay

Paloma del alma mía

Los pájaros de la Via Apia de Vilajuiga. Los pájaros que picoteaban restos fosilizados de meriendas romanas, los vivarachos pajaritos, detienen su frenético vaivén. Una diminuta cigüeña de juguete instalada en la repisa de la cocina catalana, mueve el cuello firmativamente en signo de aprobación. Y el caballero Margineda, transformado, regresa a otros tiempos:

Que ya la aurora temprana

Nos viene a anunciar el día,

Que ya la aurora temprana, ay, ay, ay

Nos viene a anunciar el día.